

## LOS BOXEADORES

Su mano abierta rozó mi rostro. Sin ternura.

Desperté asustado. Aún no aclaraba, mi padre estaba apurado. Sonreía apenas y, al revés de casi siempre, me trató suavemente. Sentado al borde de mi cama y vestido con su bata negra de seda, la de sus antiguos tiempos pugilísticos, cruzó su brazo derecho detrás de mi cuello. Me alzó rápidamente contra su pecho, que noté robustecido. Dispuesto. No opuse resistencia al clinch que pareció proyectar. Ante el abrazo paralizante tampoco intenté una defensa. Si la hubiera hecho, sería un jab para distraer defendiéndome del cariño desacostumbrado y luego saltar de la corta a la media distancia para regresar a mi postura de niño dormido bajo la frazada de mi cama. Podría haber intentado un uppercut como los que mi contendor de ese instante me había enseñado tan serio, pero también con disimulado entusiasmo. Luego se levantó y me arropó con la misma frazada, envolviéndome en sus brazos tibios.

Tiernos.

Era verano, pero un repentino hielo de madrugada me recorrió el cuerpo.

En la cama de al lado, mi hermano menor dormía sin el menor sobresalto.

Salimos del dormitorio y cruzamos el largo pasillo. Jamás, o quizás cuándo, lo había hecho en los brazos de mi padre. Todavía entre sueños, miré desde otro ángulo los muros de la casa con sus cuadros, que me parecieron chuecos. La salamandra fría y olvidada hasta el próximo invierno, la lámpara de lágrimas encendida, titilando muy cerca de mis ojos titubeantes. El jardín en la oscuridad profunda tras los ventanales se volvió misterioso, lejano y frío.

Íbamos a otro mundo.

En la solitaria sala de estar, frente al voluminoso y antiguo aparato de radio, en su viejo sillón de felpa preferido se sentó mi padre, yo recostado en sus piernas y en su pecho. Con un dobléz de cintura que según me enseñara en nuestras ocasionales tardes de entrenamiento podría ser un gancho por el ademán de su brazo a la altura del hombro y doblado en el codo, alcanzó al aparato y lo encendió. Supe algo, pero no quise comentarlo pues mantenía mi silencio adormecido. La emoción me noqueaba.

Lo que supe fue que entonces tratar de comunicarse desde casa a través de una radio con un ring en Tokio era el desesperado ataque corto de un púgil que quiere contactar con sus puños en la mandíbula, en las costillas, en el pecho del oponente. Buscando definición. Y lo logró. La radio comenzó a emitir sonidos que, se podía adivinar, venían de muy lejos.

Chirriaba.

“Quédate callado”, dijo mi padre.

De ninguna manera me atrevía a decir algo en ese momento histórico en que el ídolo Godfrey Stevens iba a ser campeón del mundo y lo escucharíamos en el instante preciso. De madrugada y desde el otro lado del mundo. Faltaba más de una hora para el inicio del enfrentamiento, pero el mío con mi papá ya había comenzado.

Las ondas de la radio amenazaban con esfumarse, pero regresaban. Más que escuchar, sentía la rara sensación de estar apegado a quien me había sacado de mi cama antes del amanecer, para un singular encuentro.

Al empezar la pelea y mientras los boxeadores se estudiaban golpeándose y lentamente aparecía la fresca luz de la mañana, mi padre me abrazaba como a un niño, aunque yo era ya algo adulto. Él me había hecho falta. En ese instante estábamos empatados, los jueces de la vida no nos otorgaban ventaja. Me sentí fajador, acurrucándome en su pecho. Era un abrazo de combate el abrazo calentito, yo unido sutil y profundamente a mi querido adversario. Por primera vez, mi padre envolviéndome con sus brazos todavía firmes de boxeador aficionado. Mis rodillas levemente flexionadas buscaban fuerza, quería rotar mis caderas acomodándome.

Mi mano abierta rozó su rostro. Quizás con ternura.

Suavemente toqué el mentón de mi contendor, el rostro tibio sin afeitar de mi padre, su hálito de fumador empedernido. No me atreví a acariciarlo.

El locutor enfatizaba que el chileno mostraba muchas agallas, tesón, esfuerzos irreconocibles pero escasa técnica frente al campeón mundial japonés. Papá y yo, solitarios, escuchábamos que en Tokio aquel mediodía de domingo el enfrentamiento era en un gimnasio atiborrado de espectadores. Los nerviosos ojos de mi contrincante miraban la radio acusando la ilusión de estar sentado en aquellas graderías. La televisión recién nacía en Chile, tener un aparato en casa era un lujo inaccesible.

En la Puntuación, los jueces calificaron en función de la agresividad, los ataques efectivos, la suma y resta de golpes recibidos y asestados. El desempeño general en el cuadrilátero.

Como en la vida.

Tras el fin de la transmisión luego de la gran batalla, papá me devolvió a la cama llevándome en sus brazos fornidos, pero ya cansados. Me abrazó largamente,

con toda la fuerza que pudo. No recuerdo otro abrazo. Nuestro representante perdió por puntos pero en el duro, inexperimentado oficio de padre e hijo, ahí enredados en el viejo sillón de felpa, ambos ganamos por K.O. en nuestro íntimo round pendiente.